

Isabel Hernández. *Literatura comparada, canon y traducción*. Madrid: Escolar y Mayo, 2015, 343 pp.

FERNANDO J. PALACIOS LEÓN
Universidad de Bamberg
fjpalaci@ucm.es

Adentrarse en la lectura de *Literatura comparada, canon y traducción* supone emprender un viaje al origen de la prosa. La publicación de este libro de Isabel Hernández da un importante paso al frente en la reorientación de los estudios literarios. Su lectura permite ver paso a paso cómo la literatura y su desarrollo en el territorio europeo hubieran sido imposibles sin la aportación esencial de las traducciones y el influjo de su recepción. Sin traducciones no existirían lo que habitualmente denominamos como «literaturas nacionales», pues lo que se designa con el adjetivo «nacional» no es sino una determinada manera de afrontar la reescritura de una temática preexistente. El papel de la literatura y el reconocimiento del que gozan los distintos géneros literarios no han sido homogéneos a lo largo del tiempo, ya que la estructuración, la visión del mundo y las necesidades de las sociedades europeas condujeron a la tematización de modelos similares con intenciones dispares y éxitos de público de lo más variopinto. La estructura del libro, dividido en cinco capítulos, permite una mejor comprensión de la complejidad del proceso de formación del género de la novela corta y su influencia en otros géneros como el drama o en la aparición de diferentes subgéneros como la novela de formación (*Bildungsroman*). La autora escoge cinco aspectos fundamentales para titular los capítulos y organizar la cantidad ingente de material que en ellos presenta: «Canon y traducción: una relación posible»; «Un préstamo: la novela corta»; «Un personaje: Fausto»; «Un género: la novela de formación» y «Un momento: el Romanticismo».

Es inimaginable la importancia de las traducciones para que un tipo de texto adquiriera la forma y las características de un género literario. Lo que hoy se entiende por novela, novela corta, obra teatral o poemario, es el resultado de un proceso complejísimo. Isabel Hernández confiesa en la introducción que el motivo que ha impulsado la escritura del libro es el amor a la lectura de novelas, así como su labor docente en universidades de Europa y América con el objetivo de describir la heterogeneidad del proceso en el que surge un género como la novela corta, a fin de que los lectores adquieran una visión panorámica cultural, literaria y sociológica de su desarrollo en Europa a lo largo de los siglos. La autora recurre a la novela corta para demostrar que la prosa no siempre gozó de la consideración ni de los adeptos de los que goza hoy en día. ¿Cómo llegó, entonces, a tener el reconocimiento que tiene en la actualidad? ¿Qué ha ocurrido con ella en el transcurso de los siglos?

La literatura es como un mosaico: indivisible y, al mismo tiempo, dividida; refleja la imagen más fidedigna de una sociedad y, al mismo tiempo, del individuo. Todas las sociedades han acometido la traducción y la creación literaria con distintas intenciones en

los diferentes tiempos de la historia. La forma en la que se llevó a cabo una traducción supone un testimonio fundamental de la mentalidad de una determinada sociedad y quizá sea la mejor herramienta para reconocer y comprender hasta sus últimas consecuencias el *Zeitgeist* de una época dentro de un ámbito cultural concreto. De este modo se pueden seguir las huellas de unos modelos sobre otros: de Apuleyo y su asno de oro al *Decamerón* de Boccaccio, de Boccaccio a las cervantinas *Novelas ejemplares* y las andanzas de Don Quijote, de Cervantes al *Fausto* de Goethe, de Goethe a Lord Byron y el Romanticismo, de los cuentos de los hermanos Grimm a la actualidad. Los caminos de la literatura son interminables y laberínticos, y terminan unos en otros. ¿Dónde queda, por tanto, lo propio, lo nacional en la literatura? ¿Tiene sentido hablar de literaturas «nacionales»?

La autora plantea en el primer capítulo del libro, «Canon y traducción: una relación posible», la siguiente pregunta a los lectores: si no hay ninguna literatura que se haya desarrollado de manera aislada, ¿es razonable acometer su estudio e investigación desde el punto de vista de un canon nacional o sería más adecuado considerar la literatura y su investigación como un hecho transnacional? Si se tiene en cuenta la naturaleza transnacional de la literatura, las traducciones suponen una tarea imprescindible para posibilitar la comunicación entre diferentes culturas, es decir, son una parte esencial de cada manifestación literaria que no se puede obviar ni dejar de lado en la investigación, pues son ellas las que posibilitan la lectura de los textos literarios, influyen definitivamente en su creación y permiten, en definitiva, su investigación. Goethe parecía saber todo esto cuando acuñó y difundió el concepto de «literatura universal» (*Weltliteratur*). El autor alemán por antonomasia profesaba una alta estima por el trabajo de los traductores y concibió gran parte de sus obras maestras como una reelaboración de los grandes problemas de la humanidad con ayuda de todas las fuentes que tuviera a su alcance; quizá por ello la figura de Goethe sea el eje en torno al que gira el libro de Isabel Hernández, pues la propia concepción de la obra es una aproximación al concepto goethiano de literatura mundial.

En este punto quisiera reseñar el exhaustivo trabajo de documentación y las innumerables asociaciones de unos modelos literarios con otros que se han llevado a cabo en este estudio. La autora se ha tomado la molestia de hacer un pequeño resumen argumental de cada obra citada y la influencia ejercida por ellas en obras posteriores, lo que logra que en ningún momento el lector pueda perder el hilo del desarrollo de la exposición de las ideas de cada capítulo. Lo mismo ocurre con los conceptos teóricos: se explica con profusión de detalles el origen de cada uno de ellos para dejar claro en todo momento a qué se está haciendo alusión de la manera más precisa posible. Estos aspectos enriquecen la lectura y convierten la obra no solo en una obra de teoría literaria de primer nivel para el lector más erudito, sino también en un manual de literatura para universitarios o una obra de consulta al alcance de cualquier lector que se interese por los temas literarios. Además, se tienen en cuenta las diferencias conceptuales de cada cultura, de forma que el lector puede familiarizarse con la lógica que subyace tras los nombres de cada concepto y comprender por qué en Alemania se llama a las novelas *Romane*, porque en español no existe un equivalente concreto del concepto de *Novelle* o cuál es la diferencia entre un cuento (*Märchen*) y un *Volksmärchen*.

A lo largo de la historia son muchos los traductores que, en la sombra del anonimato, han hecho pervivir la literatura y, con ella, la cultura en los territorios de todo el mundo. En la actualidad muchos de ellos se quejan de la falta de apoyo institucional y de reconocimiento de un trabajo que es de vital importancia para que se produzca el acceso a una comunicación intercultural. Se suele olvidar que los traductores son co-creadores de las obras que se traducen y que en un altísimo porcentaje la lectura de obras en lenguas extranjeras solo puede darse gracias a la traducción. En otras palabras: sin traductores no existiría la literatura, o no como la conocemos hoy en día, pues la recepción de otros modelos literarios solo es posible a través de la lectura de traducciones.

Los traductores pueden sentirse de nuevo orgullosos de su trabajo y de su tarea de mediadores culturales con la publicación de este libro de Isabel Hernández, un libro que no solo se ha escrito en defensa propia, sino como advertencia a otras disciplinas que no han tenido en cuenta hasta ahora la importancia de la traducción para su propia existencia. El peso de las traducciones será cada vez mayor en un mundo globalizado en el que las fronteras culturales parecen disiparse y, al mismo tiempo, condensarse en sus diferencias. Las traducciones nos liberan de toda clase de límites, como escribiera Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus*: «Las fronteras de mi idioma, suponen las fronteras de mi mundo». La literatura mundial no sabe de fronteras. No hay que olvidar tampoco lo que nos confiesa la autora en su introducción: se trata de un libro que se ha escrito por amor a la lectura. Como dijera el poeta Juan Ramón Jiménez en su poema «Espacio», «lo que hace el amor no acaba nunca».